

SEGUNDA PARTE.

La lobreguez de la noche
Tiene ya con sus tinieblas
Aquella ciudad dormida
Por todas partes envuelta.
Del manto azul de los cielos,
Ni un giron percibir dejan
Los vapores que interpuestos
Brotan entre él y la tierra.
Y el murmullo de la vida
Apagado por do quiera,
Todo es calma y todo sombra,
Todo calla, y se ve apenas
Algún farol espirante
Que ante alguna imagen cuelga,
Y el rumor solo se escucha
De las aguas del Esgueva,
Que cruzan por la ciudad
Con débil corriente lenta,
Por entre los guijos ásperos
Que entorpecen su carrera.
Solo en una de las muchas
Curvas que á trazar le fuerzan
Los edificios que le abren
Paso, con la luz siniestra
De un farol que ante una imagen
Suspendido reverbera,
Se ve un trozo de una calle,
Y el río que la atraviesa.
Un puentecillo de un ojo
Reune dos callejuelas,
Que vuelven á dividirse
En cuanto de él se libertan
La una solitaria, lóbrega,
Mal empedrada y estrecha,
La parroquia de la Antigua
Casi en su mitad rodea.
Sobre el agua, al otro lado,
Da otra parte de la iglesia,
Y en el muro que hace cara
Al río y la calle á medias,
Hay en un nicho una efigie
Del Crucificado, puesta
Dentro de un escaparate
Que entre cristales se cierra:
Y allí es donde está el farol

Que sobre el agua refleja,
Un círculo de luz parda
Trazando con su luz trémula.
Y allí es donde á largos pasos,
En aquella noche mesma,
Llegando dos embozados
Con diabólica fiereza,
Se trabaron á estocadas
En sacrilega contienda.
Y á la luz de aquel farol
Que avisa allí la presencia
Del Hacedor de la vida,
Contra las suyas atentan.
Nadie despertando al ruido
De sus cuchilladas recias
Abrió su ventana; nadie
Dando á deshora la vuelta
De galanteo ó tertulia,
Llegó al lugar de la escena,
Y no hubo tampoco ronda
Que á dividirles viniera.
Ellos por espacio largo
Continuaron su pelea,
Con tenacidad furiosa
Y profana irreverencia.
Al fin se oyó de uno de ellos
La voz que dijo con fuerza:
¡Déjale, déjale! y luego
Apagada, ronca y hueca,
La del otro que esclamaba:
¡Ah traidor, maldito seas!
A estos dos gritos, que oídos
Sobre el rumor del Esgueva,
Fueron desde el lecho por
El llavero de la iglesia,
Se abrieron de una ventana
Las encajadas maderas,
Y mirando á todas partes,
Apareció por entre ellas,
Cubierta de un gorro blanco,
De aquel hombre la cabeza.
Mas nada debió de ver,
Puesto que á cerrar volviéndolas,
Quedó otra vez en silencio
La calle, el río y la iglesia.

CAPITULO IV.

*Por el que comprenderá quien atento leyere, que
aquel polvo trae este lodo.*

Iba don Miguel de Osorio
En la mañana siguiente
Para empezar sus tareas
A sentarse á su bufete,
Cuando entrándose el portero
Del juzgado, de repente
Dijo: perdonad, señor,
Que así atrevido penetre
Sin orden en vuestro cuarto;
Pero el caso es muy urgente.

EL JUEZ.

¿Qué hay, pues?

EL PORTERO.

Un pesar muy grave.

EL JUEZ.

¡Hablad en fin! ¿qué acontece?
¿Qué es ello?

EL PORTERO.

Traen el cadáver

De un hombre, y según parece
Murió en la calle esta noche
Asesinado vilmente.

EL JUEZ.

¿Han cogido al asesino?

EL PORTERO.

No señor.

EL JUEZ.

Pues bien: que dejen

Depositado el cadáver
En esa iglesia de enfrente;
Que llamen al escribano,
Que al doctor busquen, y á verle
Pasaremos al momento.

EL PORTERO.

¡Ah, señor!

EL JUEZ.

¿Qué mas sucede?

Vive Dios que estais tan trémulo
Y asustado! Si supiéreis
Algo de lo sucedido
Esta noche en esa muerte,
Declarareis y Laus Deo.
Mas ¿á qué mil diablos vienen
Esas lágrimas ahora?
¿Era el muerto algún pariente
Vuestro?

EL PORTERO.

¡Ay señor, ojalá!

EL JUEZ.

Concluyamos, pues, imbécil,
De una vez: que entre la ronda
O quien quier que le trajere

EL PORTERO.

Le trae la vuestra, señor.

EL JUEZ.

Que pase, pues.

EL PORTERO.

No se atreve

Ninguno á daros tal nueva.

EL JUEZ.

Pero ¿qué misterio es este?

Para informarme que un hombre

Ha muerto por mano aleve,

Declarar y entablar de ello

La causa correspondiente,

¿Qué teme nadie de mí?

¿Por qué no han de osar mis gentes

Darme noticia del caso

Que á mi juzgado compete?

EL PORTERO.

Señor, porque es conocido

Vuestro el muerto.

EL JUEZ.

Y aunque fuese

Mi mejor amigo, soy

Juez, y me imponen las leyes

La de administrarlas justo,

Por mas pesar que me cueste.

Conque decidles que pasen,

Y el muerto á la iglesia lleven,

Si es que no se le conoce

Y de familia carece.

EL PORTERO.

¡Ay señor! un noble tío

Tiene no mas.

EL JUEZ.

¡Dios clemente,

¿Qué horrible luz en mi alma

Habeis hecho que penetre?

Ese muerto. . .!

EL PORTERO.

Es don German.

EL JUEZ.

¿Mi sobrino!

EL PORTERO.

¡Contenedle,

Dios santo!

EL JUEZ.

¿Dónde está? ¿dónde

¿Dios piadoso, sostenedme!

Y así don Miguel de Osorio
Salió descompuestamente
Por sus cámaras gritando
Y sin poder contenerse.
Ya estaba todo el zaguan
Y la escalera de gente
Llenos, en torno del muerto
Que en hombros varios sostienen.
Llegaron al mismo tiempo

Los doctores: é impaciente
 El triste juez por saber
 Pormenores que apetece,
 Entre ira y duelo á pedirles
 Empezó públicamente.
 Testificó el escribano;
 Declararon los corchetes;
 Reconocieron los sabios
 El cuerpo pausadamente:
 Llamóse un maestro de armas,
 A que declare, si puede,
 Con cuál fué hecha la herida
 Que así ocasionó su muerte;
 Y por lo que afirmar osan
 Testigos é inteligentes,
 Don German ha sido muerto
 Con espada alevemente.
 En el izquierdo costado
 Una sola herida tiene,
 Que no pudo recibir
 En aquel sitio batiéndose,
 Pues que tenía su espada
 Empuñada fuertemente.
 Luego á traición le mataron
 Por la izquierda acometiéndole,
 Mientras con otro reñía
 Que le atacaba de frente.
 Quién le mató, y por qué causa,
 Es un misterio que envuelven
 Las sombras de aquella noche,
 Y que descubrir no pueden
 Suposiciones ni indicios,
 Sin que la opinion se arriesgue
 De quien suponga ó indique
 Lo que en las tinieblas duerme.
 Pero Don Miguel de Osorio,
 Cuyo pesar no entorpece
 Su perspicacia de juez,
 Ni su experiencia le tuerce
 Jamas el juicio, en su alma
 Una sospecha hervir siente,
 Que mas incremento toma
 Cuanto mas él la revuelve.
 Al fin enjugó las lágrimas
 De sus ojos; convenientes
 Ordenes dió á sus criados
 Para que el cuerpo se entierre
 De Don German, y suntuosos
 Funerales se celebren;
 Y encerrándose en su cuarto,
 De sus rondas con el gefe,
 Hombre de mucha destreza
 En rastrear los delincuentes,
 Misteriosas instrucciones
 Le dió, y pronto despidiéndole,
 Sus cotidianas tareas
 Empezó tranquilamente.
 Bien revelaba el semblante
 Lo que el corazon padece,
 Mas él ahogó sus pesares
 Al cumplir con sus deberes.

A las nueve de la noche
 De esta jornada fatal,
 De Aurora en el aposento,
 Con ella estaba Don Juan.
 Ella en un sillón de brazos,
 El á su pié en un sitial,
 Ella como nunca hermosa,
 Y él como nunca galán.
 Trabada amorosa tienen
 Conversacion, de la cual
 Conviene oír lo que resta
 Desde el punto en donde están.

AURORA.

Mas Don Juan, de esa manera
 Mis asuntos irán mal.

DON JUAN.

Ya dejaremos aquí
 Quien de ellos pueda cuidar;
 Yo soy rico, y yo te adoro:
 Ahijado del rey, me da
 Honras que yo no ambiciono,
 Pues que puedo conservar
 Con mis rentas y mi brazo
 Mi honor y mi libertad.
 Un hombre, pues, como yo,
 Bien en la corte no está:
 Si su favor aprovecha,
 Porque se le han de envidiar,
 Y á quien algo le codician
 Siempre vive con afán.
 Si desperdicia el favor
 Que puede fácil lograr,
 Porque con quien se le ofrece
 Por fin le malquistarán.
 Por todas estas razones,
 Y otras muchas ademas
 Que yo me sé, determino,
 Querida Aurora, viajar.
 Soy de mi familia el único,
 Gracias á Dios; un leal
 Y viejo criado hace
 Mis haciendas prosperar,
 Y quiero que álguien me ayude
 A gastar su renta anual.
 Ni tengo amigos, ni quiero
 A vagos alimentar;
 Mas no me siento hácia el oro
 Aún con desprecio tal
 Que le renuncie y sea monje,
 O que se lo quiera dar
 A los pobres, que son gente
 Que no lo agradecerá,
 Pues pienso ejercer primero
 Sobre mí mi caridad.
 Ahora, bajo este supuesto
 Te digo que abandonar
 Quiero unos años la corte
 Y aun nuestra España quizá.
 Viajar solo en diversion
 Que poquísimos soláz
 Proporciona, y es muy duro

No tener con quién hablar.
 Tú eres sola en este mundo.

AURORA.

Mi tía.

DON JUAN.

Es un carcamal
 Que necesita reposo,
 Y á Ronda se volverá
 Con renta que yo la dé
 Para ir al sepulcro en paz.
 Conque he pensado llevarte
 Conmigo, Aurora, en lo cual,
 Segun lo que se me alcanza,
 Nada al cabo perderás.
 Irás hasta donde quieras,
 Y do te canses, quedar
 Te puedes, y desde allí
 A España te tornarás;
 Puesto que es justo que pague
 Ida y vuelta mi caudal.

AURORA.

Mas ¿por qué con tanta prisa
 El partir determinais?
 ¿Qué mal estamos aquí?

DON JUAN.

Ello ha de ser: tú verás,
 Pues, lo que mas te conviene,
 Porque yo no puedo ya
 El fastidio de la corte
 Por mas tiempo soportar.
 Si yo no vivo á mi antojo,
 Sin que rey ni autoridad
 A darme venga consejos
 Que yo al fin no he de tomar;
 Si no dejo este prestado
 Carácter de gravedad;
 Si no riño, y rondo, y juego
 Cual fuere mi voluntad,
 Con las rentas que me sobran
 Y todo el favor real,
 De fastidio y de inaccion
 Creo que me he de secar.
 Y he aquí que te he hablado
 Con franqueza y con verdad
 Mi intencion, y en ella estoy
 Tan resuelto, y tan tenaz
 Voy á mantenerme en ella,
 Que de tu amor á pesar,
 Si seguirme no te place,
 Por despedido me da.

AURORA.

Pero don Juan...

DON JUAN.

Con el alba

Parto.

AURORA.

Tal tenacidad
 Da á entender que para ello
 Razones grandes habrá.

DON JUAN.

Si por Dios! la alegre vida
 Que llevo, mi mocedad
 Aprovechando, los lances
 A que mil veces lugar
 Dí con juveniles ímpetus
 Que no modero jamas,
 Sé que han sido consultados
 Con el santo Tribunal,
 Que un día ú otro es preciso
 Que me venga á amonestar,
 Lo cual porque sea en balde,
 Sé que me molestará.

Y aquí iba ya de su plática
 El libertino don Juan,
 Cuando dos aldabonadas
 La vinieron á turbar,
 Que asentaron en la puerta
 De la casa en donde están.
 Abrió el mozo la ventana
 Diciendo airado: ¿Quién va?
 —La justicia, respondieron.
 —Venga la justicia en paz,
 Repuso don Juan: mas ahora
 ¿Qué negocio aquí la trae?
 —Una prision que esta noche
 Tiene en vos que ejecutar.
 —¿En mí?

—En vos, y en las personas

En cuya compañía estais.
 Abrid, pues, á la justicia,
 O á las resultas mirad.
 Quitóse de la ventana
 Don Juan, y vuelta la faz
 A Aurora, que sin aliento
 Yacia sobre el sofá,
 Dijo: en vano es resistir:
 Si os teneis de qué acusar,
 Mirad si hay parte que paso
 Franquee á la vecindad,
 Mientras que yo los detengo,
 Mal que pese á Satanás.
 Mas viendo que en vez las dos
 De asir con celeridad
 De uno ú de otro partido,
 Se soltaron á llorar,
 Dijo: "A mí no me conviene
 Contra el santo Tribunal
 Hacer armas, porque nada
 Pueden contra mí probar."
 Y en la escalera llamando
 Al paje que con él va,
 Mandóle á los que venian
 Francas las puertas dejar.
 Entró el gefe de las rondas
 Del juez Osorio, y el tal,
 Al mancebo saludando
 Con cortés urbanidad
 Dijo: Siento teneros,
 Siendo quien sois, que tratar
 Así, mas daos, señor,
 Preso por su majestad.

Don Juan, que no vió libreas
Del santo Oficio, y á mas
Conoce perfectamente
A quien hablándole está,
Le dijo á su vez con tono
De amenaza: Meditad
Lo que vais á hacer, buen hombre,
Porque si os atropellais,
Y una sinrazon conmigo
Cometeis, os va á pesar.
Yo soy noble, y como noble
Dependo de autoridad
Competente á la nobleza,
Y el rey llevarálo á mal.
—Señor, dentro de un momento
Os podeis justificar
Delante del mismo rey,
Que es quien me ordena así obrar.
—¿El rey me manda prender?
—Por el juzgado especial
Del juez Don Miguel de Osorio.
—En ese caso guiad;
Pero estas damas.
—En tanto
Aseguradas no mas
Quedan, que esteis preso vos;
Pero si por libre os dan,
Mañana mismo con vos
Quedarán en libertad.
Y esto diciendo, y tomando
El estoque de Don Juan,
Mandó el jefe de la ronda
Una litera acercar,
Que dejó de aquella casa
Esperando en el portal,
Y hácia el juzgado volvieron
Sus pasos á enderezar.

CAPITULO V.

El rey y Don Miguel de Osorio.

EL REY.

Igual á vos en nobleza
Es, Don Miguel; y el valor
De la estirpe en que ha nacido,
A la en que nacisteis vos,
Iguala si no aventaja.
El su palabra empeño
Delante ayer de mi Corte,
Y no merece el honor
De quien es la torpe mancha
De tan fea inculpacion.
Creedme, Osorio, aquí os ciegan
La cólera y el dolor,
Y os disculpo la osadía
Mirando á vuestra afliccion.
Comprendo bien cómo en ello
El pesar os arrastró,
Y desde el primer momento

En vuestra imaginacion
A Don Juan, contrario vuestro,
Supusisteis el autor
De su muerte: pero de ello
Ni teneis justa razon,
Ni presentais una prueba;
Conque miradlo mejor,
Y pues podeis en justicia,
Y cual sabio diestro sois,
Emprended de este atentado
La justa averiguacion.
Para todo os autorizo,
Y puesto que tambien vos
Sois á par el ofendido,
Sed el juez y el vengador.

OSORIO.

Señor, no os dí concluyentes
Pruebas, no, teneis razon;
Sé que jamas lograré
Con las que tengo hasta hoy
Convenceros de lo cierto:
Mas considerad, señor,
Que llevo ya muchos años
De juez, y que tengo yo
La esperiencia que me guia
Y me alumbrá la razon.
Don Juan es ahijado vuestro;
Su padre siempre os sirvió
Con lealtad, é indulgente
Tal vez con el hijo vos,
No veis á Don Juan como es,
Sino como ser debió.
Nació noble, sí, á la sombra
De vuestra real proteccion;
Como á tal honra cumplia,
Con esmero se crió,
Mas no olvideis que las gentes
A quienes su educacion
Se fió, fueron contrarias
De mi raza, y en su pro
Del noble mozo aguardaban
Mucho bien de su favor,
Por ello tal vez las prendas
De que el Señor le dotó
Por igual no cultivaron;
Y atendiendo al exterior,
Se cuidaron poco ó nada
De su jóven corazon.
Porque aunque sintais oírlo,
Sabedlo al cabo, señor;
Don Juan es un libertino
A quien se disimuló,
Atendiendo á que vos érais
Su padrino y protector.
Vos, señor, de su conducta
Nunca habeis visto si no
Su gracia y su gentileza,
Su osadía y su vigor:
Y los que en vos conocian
Hácia él tal predileccion,
Tal vez para daros gusto
Os le pintaron mejor.

Mas yo sé su vida entera,
Y sus secretos me son
Conocidos lo bastante,
Para insistir sin temor
De ofender la majestad,
En mi grave acusacion.

EL REY.

Osorio, bien pueden ser
Buenas pruebas para vos
Las que para los demas
Solo conjeturas son.
Sé que para osar á tanto,
Sin duda que os asistió
Grave causa, y que lo haceis
Tras seria meditacion.
Ya os dije, pues, que os otorgo
Autoridad superior
A la que os compete en esto;
Pero en consideracion
Tened la persona en quien
Echais mancha tan atroz,
Y no obreis contra persona
De quien os respondo yo.
Averiguad, inquirid
Cuanto vuestra prevision
Y vuestra esperiencia alcancen
Justo y recto: pero no
Sin fundamento palpable
Llegueis hasta la prision
De Don Juan, pues siendo vuestro
Contrario, murmurador
El vulgo os lo ha de tildar,
Si sale una sinrazon.
Por órden mia á Don Juan
Esta noche se prendió;
Que entre, y en vuestra presencia
Yo mismo declaracion
Le tomaré, y os protesto
Que si un crimen cometió
Tan villano, de las leyes
Caerá en él todo el rigor.

Esto del rey Don Felipe
En la oculta habitacion,
Entre él y el alcalde Osorio
Aquella noche se habló:
Y mientras que en la real cámara
En esta conversacion
Tan hondamente empeñados
Estaban ambos á dos,
En la próxima antesala
Don Juan en calma esperó
A que saliera el alcalde,
Para optar al mismo honor.
Y no en balde: en el real nombre
A llamarle el juez salió,
Y con sereno talante
En la régia habitacion,
Delante del mismo juez
Altivo Don Juan entró,
Y á los piés del rey postrándose
Dijo: me dicen, señor,

Que en nombre vuestro me prenden,
Y aunque no sé la razon,
A daros cuenta de mí
Héme aquí pronto, señor.

El Rey, Don Juan, el alcalde.

EL REY.

Don Juan, Don German de Osorio
Murió anoche: en una calle
A la espalda de la Antigua
Hallaron hoy su cadáver;
Y á la enemistad mirando
Que con él tuvisteis antes,
Os acusan de su muerte.

DON JUAN.

Señor, antes de cuidarme
De mi defensa, os suplico
Que escijais pruebas palpables
Del crimen de que me acusan.
Puesto que si es quien lo hace
Don Miguel de Osorio, tío
Del muerto, no puede parte
Y juez ser en un delito
En que no hay pruebas bastantes.

EL REY.

¿Negais, pues, que fuisteis vos
Quien le mató?

DON JUAN.

Sincerarme

No necesito, señor,
Segun veo: en semejante
Caso nos pusimos ambos
Mil veces, y siempre iguales
Salimos, dejando en duda
El éxito del combate:
Que ambos éramos valientes,
Y ambos éramos leales.

EL REY.

Segun declaran peritos,
Un traidor debió matarle
Por la izquierda, mientras otro
Le atacaba por delante.

DON JUAN.

Yo jamas he acudido
A traiciones semejantes,
Ni para cita ó pendencia
Llevé en compañía á nadie.

EL REY.

Anoche á vuestra posada
Volvisteis, Don Juan, muy tarde.

DON JUAN.

Puedo probar dónde estuve
Hora tras hora.

EL REY.

Se sabe

Que hasta las once en la casa